

Manuel A. Seoane

NATURALEZA ECONOMICA DEL IMPERIALISMO NORTEAME- RICANO

I

OBJETO DE ESTE TRABAJO

ESTE libro (1) quiere ser una somera descripción del imperialismo capitalista de los Estados Unidos. Ningún otro fenómeno de la época contemporánea iguala en importancia a este complicado proceso económico que, en menos de un cuarto de siglo, ha transformado el poder de los EE. UU., elevándolo a la categoría de árbitro tácito de los destinos del mundo. Como varias ciudades en otros ciclos históricos, aunque en condiciones y por motivos muy diferentes, Nueva York es actualmente el emporio más poderoso de la humanidad. El prestigio de Londres, París o Berlín, primeras plazas del capitalismo industrial, ha sido velozmente superado por la pujante aparición de esta cosmópolis de los rascacielos, corazón económico de un país que ya alberga en su seno más de la mitad del oro de la tierra.

Desde los orgullosos y egoístas países europeos has-

(1) El señor Seoane ha accedido a adelantar a los lectores de *Atenea* el primer capítulo de un libro en preparación, que versa sobre el tema reflejado en el título de este trabajo.

ta las modestas colonias africanas, de todos los puntos del globo llegan a Nueva York las dóciles utilidades de las inversiones yanquis en el extranjero, acrecentando, sin cesar, las cifras astronómicas de sus riquezas. En ese inmenso crisol tales utilidades se transforman: agregáanse al capital originario, adquieren potencias expansivas y retornan al exterior convertidas en nuevas inversiones, para reproducir después, hasta el infinito, esta mágica y moderna siembra y cosecha de oro, que está haciendo del mundo un vasto campo labrantío, con un exclusivo y poderoso propietario.

Un movimiento radial, centrípeto y centrífugo a la vez, dinamiza el capital norteamericano en su afiebrada conquista de mercados y recolección de dividendos. En el orden químico, este alternar de fuerzas diametrales, del centro a la periferia y viceversa, se produce en la cristalización de algunos cuerpos. Paralelamente, en el orden económico, o con más exactitud, en el orden histórico, tal movimiento cobra una significación absoluta. El proceso del imperialismo es, también, el de la cristalización capitalista. Su última etapa, como dijo Lenin (1).

Casi huelga añadir que un hecho de tanta significación, por sus universales consecuencias presentes y por sus extraordinarias posibilidades futuras, puesto que el proceso del imperialismo norteamericano contiene los gérmenes del porvenir inmediato de la especie, exige atenta meditación y sereno análisis de quienes aspiran a interpretar el problema social. Tal exigencia se torna severa y condicionante en nuestra América Latina, campo propicio e inmediato del rebalse imperialista, donde ya juega un papel decisivo y fundamental. Hablando en términos de generalización histórica

(1) «De todo lo dicho precedentemente sobre la esencia económica del imperialismo se desprende que hay que caracterizarlo como al capitalismo de transición, o más bien, como el capitalismo agonizante.» Nicolás Lenin: *El Imperialismo, última etapa del capitalismo*. Cap. X.

puede afirmarse que todo el movimiento político-social de los países que pueblan el continente al sur de Río Grande tiene que definirse, más o menos dramáticamente, en favor o en contra de la penetración capitalista yanqui.

Este trabajo, por su función informativa y por su inspiración doctrinaria, aspira a significar una contribución a la lucha anti-imperialista. Queda dicho más arriba que procurará una descripción del fenómeno expansivo, y es momento de ratificar la palabra y añadir que la extraordinaria complejidad del proceso, su enorme y cambiante variedad de recursos, la prontitud con que se suceden los episodios principales y la simultaneidad desconcertante de aparentes acciones contradictorias, hacen imposible una fría disección del mismo a la manera universitaria. El observador atento se desconcierta ante esta verdadera explosión de fuerzas económicas, que irradiándose en todas direcciones, agudizan las contradicciones capitalistas, derrumban viejos mitos del derecho internacional, quiebran la débil moral de los gobernantes cómplices, abarcándolo todo en una incoercible voluntad de dominación. Es tan imposible ensayar una imagen exacta de este impetuoso devenir, como querer fotografiar, en su movimiento, la marcha de un río. Cabe, empero, una versión cinemática. Y eso se intentará haciendo desfilar las causas, los instrumentos y los episodios del proceso imperialista, para inducir después sus leyes determinantes.

El lector, al cabo de estas páginas, que importan un esfuerzo de comprensión panorámica, posiblemente coincidirá con el autor en la profesión de fe de una enérgica y urgente política de resistencia.

Señalada así la importancia del proceso y su complejidad, obvio es añadir que este trabajo adolece de yerros u omisiones, ineludibles por la carencia de seguras fuentes de información, por la exigüidad del

material, penosamente acumulado sin embargo, y por la vastedad del fenómeno estudiado. Toda crítica y rectificación sinceras servirán, pues, para integrarlo y el autor agradece desde ahora la buena y la mala voluntad de quienes aporten, por elogio o por diatriba, hechos o datos de interés.

Finalmente debe quedar constancia expresa de que el propósito fundamental de este libro es la presentación popular del problema. No es un libro para especialistas. Es un libro para los trabajadores manuales e intelectuales que están prestos a poner el hombro en la pesada tarea del anti-imperialismo. En consecuencia, el autor procurará, en todo momento, la mayor claridad posible en el lenguaje y en la explicación de cada uno de los puntos del trabajo.

NO ES IMPERIALISMO TERRITORIAL

Antes de precisar las medulares características económicas del imperialismo norteamericano conviene despejar algunos de los equívocos más frecuentes en que se incurre al juzgarlo. Críticos simplistas, cegados por la similitud de fenómenos históricos lejanos, opinan que los Estados Unidos procuran la expansión territorial por sí misma: el «imperialismo del kilómetro cuadrado» como dice Barcia Trelles.

Es cierto que la Unión ha expandido sus fronteras en forma harto visible y es cierto que ese crecimiento se ha producido al amparo de toda clase de recursos coercitivos, desde la tranquila negociación en dólares hasta la persuasión violenta de los cañonazos (1). Pero

(1) «EXPANSIÓN TERRITORIAL DE LOS EE. UU. DESDE 1898.»

Nombre	Fecha	Origen	Area en millas	Población
Hawaii.....	1898	Anexado.....	6.450	250.000
Cuba.....	1898	Protectorado virtual.....	44.150	2.900.000
Puerto Rico .	1898	Anexado después de la guerra con España.....	3.000	1.250.000

debe observarse que este crecimiento geográfico no constituye el eje del proceso de su actual conquista del mundo.

Una guerra continua exige un gasto extraordinario y un espíritu de beligerancia *ad hoc*. Los ciudadanos norteamericanos son suficientemente pacíficos como para no desear la guerra sino por excepción y su capitalismo sobradamente práctico para hacer malos negocios. En lugar de ejércitos emplea dólares. En vez de conquista armada, logra la suave y segura dominación de los empréstitos. La misma organización capitalista, edificada respetuosamente alrededor de la propiedad privada, le ha brindado un arma mucho más eficaz que cualquier instrumento bélico.

Y así es curioso observar que Gran Bretaña, por ejemplo, que procuró la expansión del «kilómetro cuadrado», sea desplazada, en sus propios dominios y colonias, por este extraordinario competidor que realiza en ellos grandes negocios mientras Inglaterra tiene que sostener los gastos de la ocupación.

La habilidad del capitalismo norteamericano aplica el mismo sistema en la mayor parte de los países

I. Filipinas..	1898	Anexadas después de la guerra con España.....	115.025	8.500.000
Isla Guam..	1898	Anexada después de la guerra con España.....	210	14.500
Tutuila. . . .	1899	Anexado por tratado con Inglaterra y Alemania..	77	7.250
Panamá. . . .	1903	Vigilancia general.....	32.400	450.000
Sto. Domingo	1907	Insp. financiera.....	18.500	955.000
Sto. Domingo	1916	Administr. militar.....	11.000	
Haití.	1915	Insp. financiera.....	49.500	2.500.000
Nicaragua...	1913	Protectorado virtual.....		746.000
Nicaragua...	1916	Concesión de derechos para el canal y base naval.....		
Islas Vírgenes	1917	Adquisición por compra.....	132	26.000
TOTALES.			281.044	17.598.750

Scott Nearing y J. Freemann: *La diplomacia del dólar*. 1926. Pág. 319.

Debe añadirse que, a raíz de la guerra contra Méjico, EE. UU. se apoderó, por Tratado de 2 de Febrero de 1848, de 851.600 millas cuadradas, con tres millones de habitantes.

de América Latina. Lejos de provocar intervenciones violentas y anexarse territorios, utiliza—salvo casos de urgencia estratégica que analizaremos más adelante: Méjico, Nicaragua, Panamá, Haití, etc.—la conquista pacífica, el «imperialismo sin dolor». En lugar de enviar un ejército y costear una guerra de conquista, con la subsiguiente carga de pagar la administración virreinal, explota cínicamente su poderío financiero, apoyando o boycoteando a la caterva de caudillos rapaces que se disputan su preferencia y ejerce de hecho funciones de mando efectivas.

Además, la colonización sin ambajes, o el protectorado directo, contradiciendo en forma visible las normas éticas de los fundadores de la Unión y su respeto a «la libertad», despierta, en buena parte de la población sana de los EE. UU., una oposición violenta y decidida. Este sector, cristianizante e idealista, aunque no detenta el poder político, se hace respetar en las elecciones. Por eso, en su homenaje, y aprovechando su voluntaria aptitud para comulgar con ruedas de molino, los presidentes imperialistas suelen formular hipócritas declaraciones sobre la «próxima» libertad de Filipinas, Haití o Puerto Rico. Los sentimentales amigos de la libertad se ven satisfechos y confían en el porvenir. Entre tanto el imperialismo no va más allá de la promesa y continúa la opresión.

Por otra parte, como hace notar Guilaine (1), los Estados Unidos repugnan la posible anexión de otros países, en calidad de Estados de la Unión. Además de un confuso aunque incuestionable orgullo de raza, el pueblo yanqui estima que nuevas incorporaciones legales podrían romper el equilibrio político entre los Estados del Norte y los del Sur, que al romperse por la guerra de Secesión, puso una sombra de inquietud en la unidad nacional. La famosa línea de demarca-

(1) Louis Guilaine: *L'Amérique Latine et l'imperialisme américain*. París. Pág. 107.

ción de Maxon y Dixon, trazada en el grado 36 de latitud fué la base de una estabilidad que el norte, industrial y capitalista, sede del imperialismo, procura mantener a toda costa, para impedir la preponderancia del sur, agrícola, demócrata y negrero. Si hubiese ane-
xión legal, la América Latina engrosaría el bloque sureño y ocasionaría aquel «suicidio de la raza» de que hablaba el rubio presidente Roosevelt.

Finalmente, hay una tendencia, cada vez más generalizada, que el Ku Klux Klan representa en su extrema agudeza, a impedir la mezcla racial, o nuevas mezclas raciales para decir mejor. Los Estados de América Latina, con sus indios, sus mulatos y sus negros, pueden significar excelentes campos de expansión económica para los capitalistas norteamericanos, pero estos no desean ni desearán que se conviertan en viveros de ciudadanos de la Unión (1).

No existe, pues, un afán específico de dominación política de nuevas tierras. Esta puede sobrevenir accidental o temporalmente, obligada por razones estratégicas o económicas. Pero el eje por el que se desliza la máquina imperialista no es el eje del «kilómetro cuadrado». Es una moderna forma de opresión. Invisible y silenciosa. Es la fuerte malla de oro del imperialismo económico, que ata y esclaviza con más firmeza y dolor que la vieja imposición armada.

Salvo el caso de una guerra con Japón o Gran Bretaña y su bloque europeo, o el de una revolución latinoamericana anti-imperialista, EE. UU. no intentará la sustitución de un aparato estatal que le rinde tan dóciles y baratos servicios. El dominio político de nuevas tierras es, por tanto, una mera consecuencia ac-

(1) Al respecto debe recordarse que a Puerto Rico se le permite elegir Congreso y designar funcionarios, a excepción del Gobernador y el Secretario de I. Pública, pero no se le permite enviar Diputados y Senadores al Congreso Federal. Está en situación inferior a Wyoming o a Delaware, miembros legales de la Unión, que le son inferiores en todo sentido.

cidental o episódica. Jamás una causa. La llave motriz del imperialismo es otra muy diferente.

En consecuencia, para la real soberanía de los pueblos de América Latina es mucho más peligrosa, pese a todas las apariencias, la llegada de un alegre millonario yanqui que la aparición meteórica de cualquier superdreadnought colérico.

NO ES IMPERIALISMO DEMOGRÁFICO

Otro de los errores frecuentes consiste en confundir el tipo de la invasión estadounidense, asignándole un carácter de emigración forzosa. Quienes esto afirman se apoyan en la circunstancia de que el territorio de la Unión alberga una de las más crecidas cantidades de hombres que pueblan el globo. Efectivamente, los últimos censos acusan la presencia de 117.136.000. Pero olvidan que la superficie de los 48 estados y el distrito federal alcanza a cerca de ocho millones de kilómetros cuadrados, o sea da un promedio de menos de 15 habitantes por cada uno.

Italia, España, Japón y otros países de gran población y territorio reducido, cuyo estado económico dista de ser próspero, sí se ven sujetos a cierto desangre de población. Las corrientes emigratorias, en esos casos, obedecen también a leyes económicas, porque van al exterior en busca del trabajo que no pudieron hallar en su medio, por saturación humana o por deficiencia comercial. Algunas veces puede convertirse en peligrosa, cuando, extendiendo la teoría del «jus sanguinis», intenta edificar sobre los emigrados un verdadero edificio colonial de raza, como predica Mussolini en su paranoica visión imperial.

Pero este no es el caso de los EE. UU. No sólo en un sentido físico sino en el sentido económico, el territorio de la Unión es sobradamente vasto para sus ciudadanos. Quizá no llegue nunca el día en que pue-

da producirse una emigración obligada. Debe pues rechazarse de plano la suposición imaginativa de muchos anti-imperialistas sentimentales que asignan a este fenómeno capitalista y silencioso los contornos desesperados que normaron la invasión de los bárbaros hacia la Europa del medioevo, por ejemplo.

NO ES IMPERIALISMO «CIVILIZADOR»

Cierta clase de propagandistas interesados y ciertos sectores boquiabiertos de la opinión latinoamericana intentan justificar el imperialismo yanqui con el argumento de que realiza una obra en beneficio de los intereses generales de la cultura, con particular provecho para el país que lo soporta.

Si las tropas norteamericanas desempeñasen un verdadero papel apostólico y civilizador en el mundo, deberían iniciar su campaña en las regiones salvajes de Africa o en los desconocidos territorios de la Oceania por ejemplo. Pero no en la América Latina, poseedora de cierta índole particular en el mundo de la cultura. Ya Bolívar, hace más de un siglo, proclamaba con visión profética: «Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar a la América de miseria, en nombre de la Libertad.»

Por otra parte, hay una serie de hechos que prueban sobradamente las verdaderas finalidades del imperialismo norteamericano. De nada debe desconfiarse más que de las grandes palabras de los presidentes yanquis. Debajo del fino guante civilizador se encuentra siempre la enérgica garra imperialista. Por eso M. Henri Jaspar, al prologar un libro de Crokaert, observa con aticismo que los norteamericanos persiguiendo la fiebre amarilla habían tropezado con el canal de Panamá. También dió la casualidad de que cuando Mr. Mellon se preocupaba del «progreso institucional» de México era propietario del 80% de las tierras petrolíferas que

se encontraban en discusión. Concluiremos por recordar que el dedo civilizador, al extenderse generosamente hacia Nicaragua, encuentra de paso la posibilidad de construir un nuevo canal para beneficio político y económico de los EE. UU.

Pese a la buena fe de algunos panamericanistas afebrados, y aunque se ignorasen los hechos precedentes, también cabe sorprenderse de los métodos curiosos que emplea Norteamérica en sus hipotéticos afanes de redención moral. Así, por ejemplo, Haití ha visto sucumbir a más de tres mil de sus habitantes a manos de los soldados «civilizadores». En Nicaragua ha ocurrido cosa peor a raíz del desembarco de diciembre de 1926, tan heroicamente resistido por Sandino.

Ni por sus objetivos ni por sus métodos, el imperialismo puede invocar razones idealistas. Pero hay más aún. Un país donde la hipocresía moral es un barniz que apenas cubre la corrupción generalizada, no puede ser portaestandarte de la cultura. El ejemplo de fanatismo ofrecido por los tribunales de la Unión al condenar al profesor Scopes por enseñar la teoría de la evolución natural, demuestra la ausencia de una verdadera libertad de pensamiento. Los continuos escándalos y la burla diaria provocados por la humedad de la famosa ley seca, revelan la ausencia de un auténtico sentido moral. Su torpe hostilidad para las razas de color, llevada a extremos inhumanos, como la limitación al amor y a la instrucción (1), aconsejan

(1) «En la Carolina del Sur, donde los negros alcanzan al 51% de la población, su parte de presupuesto escolar no alcanza sino al 11% del mismo. Esto impide que ellos progresen y tiene por objeto mantener bajo el precio de la mano de obra. En las ciudades del Sur, en 1922, la tasa de la mortalidad fué de 12 por mil para los blancos y de 25 para los negros.

«Todos los esfuerzos se concentran sobre la prohibición del casamiento entre las dos razas. En todos los Estados del Sur, y en algunos otros también, la ley prohíbe este matrimonio. Es suficiente descender de un abuelo negro para que la interdicción rija. La unión extralegal de una blanca y un negro es más peligrosa. No es entonces un asunto de los Tribunales o la policía. Es el Ku-Klux-Klan, o cualquier otra organización secreta, quien hace saber a la pareja que debe separarse; si no su vida será ultimada y los asesinos quedarán impunes.» André Siegfried: *Les Etats-Unis d'aujourd'hui*. París. 1927. Pág. 91 y 94.

a los latinoamericanos, que contamos con fuertes núcleos de gentes oscuras, desechar este posible protectorado espiritual, que guarda tantos riesgos para quien no lleve blancos los pigmentos de la piel.

No es este el lugar de hacer un análisis de los valores culturales de Norteamérica, de sus grandes virtudes y defectos, inherentes a su particular proceso de crecimiento. Pero sí corresponde afirmar que los EE. UU. están bastante lejos de poseer un crecido acervo espiritual e idealista que les dé derecho, como nación, a ejercer la paternidad moral de otros pueblos. Justo es reconocer que, en general, se observa cierta regularidad en las costumbres, pese a algunos testimonios contrarios de sus panegiristas. No se puede olvidar tampoco que es el suelo de Washington, Emerson, Franklin, Whitman, etc. Pero su capitalismo, nervio motriz del derrame que nos amenaza, es sustantivamente corruptor y desalmado. De ahí que nos pongamos en guardia contra estos disfraces redentores y señalemos que, en el orden moral, es el único ramo en que Yanquilandia carece de saldos disponibles para la exportación.

(*Concluirá.*)